



Madrid 24 de Agosto de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Clementina, por A.—Historia: España romana, Numancia, por don José S. Biedma.—Las siete Maravillas del mundo: Las Pirámides de Egipto, por don Juan Cuesta.—Aventuras de un millonario [continuación], por don E. Hernandez.—Ejemplo de amor filial, por don Federico Criado de los Reyes.—Terencio, por don E. B.

GRABADOS. Insignias romanas.—Lictor.—Cónsul.—Las pirámides de Egipto.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

VIII.

Beneficencia.—Belleza de la limosna.

AUN cuando en el amor al prójimo no hay distinción de ninguna clase, pues según te he manifestado, para amar al hombre te basta con saber que es tu semejante, importándote poco su origen, su profesión y su condición social, puede haber una excepción que es siempre agradable á los ojos de Dios. No porque se distingan entre sí el amor

Tomo II.

que profesas á tu padre y á tus hermanos, á tus amigos y á tus maestros, dejas de amarles como individuos de la sociedad humana. Créese que como á tales les tienes cariño; pero como este no excluye el que les es debido por lo que son respecto de tí, de aquí que al primero, al que podríamos llamar universal, unas el de hijo, el de hermano, el de amigo ó el de discípulo. De la misma manera sin salir del amor al prójimo, tienes mas simpatías para tus vecinos que para los habitantes en tu pueblo, para éstos que para los demás hijos de la misma nación, y para los españoles que para los demás hombres del mundo. Mas de aquí debe deducirse que en igualdad de circunstancias, ante el peligro, no socorrieras del mismo modo

Núm. 32.

que á tu vecino al extranjero, hijo de los mas remotos climas? No, porque en el amor al prójimo no hay distinciones. Sin embargo, si quieres distinguir á alguno de tus semejantes, diríjete á los pobres, á los necesitados, á los seres mas infelices de la tierra. Semejante distincion no solo no será punible, sino que es agradable á los ojos de Dios. Él lo ha dicho. «El que apague el hambre y la sed del hambriento y del sediento; el que consuele al enfermo postrado en el lecho del dolor, y el que visite al que sufre persecucion por la justicia, gana tanto como si á mí mismo me visitara, consolara, y diera de comer y beber.» Y en efecto, hijo mio, ¿hay mas noble accion y mas admirable belleza, que la de socorrer al necesitado proporcionándole cuanto falta á las atenciones de su vida? El bienhechor que con su limosna ó con sus consejos, si de estos necesita, proporciona la felicidad, aun cuando sea por un momento, al miserable pordiosero, ejerce uno de los actos mas meritorios y que mas le acercan á la Divinidad.

No solamente es útil, es tambien necesaria é indispensable la limosna; sin ella ¿qué seria de esa infinidad de seres que arrastran su miseria por las calles y caminos, sujetos á las inclemencias del tiempo y de la estacion? ¿Qué de esos desgraciados seres que, huérfanos en su infancia, ó perecerian irremisiblemente, ó crecerian sin conocer á los hombres ni á Dios? ¿Qué de esas personas, quizás mas que todas dignas de compasion, que despues de haber gozado las comodidades que proporciona la fortuna, víctimas de sus caprichos, se hallan reducidos á la situacion mas precaria?

Mas aun para ejercer aquellos actos que son meritorios á los ojos de Dios, se necesita proceder con cierta prudencia, y esto debe observarse en el modo de dispensar la limosna, pues si con ella favoreces al que por medio de sus vicios ha venido á parar en la indigencia, no haces mas que fomentar sus malas inclinaciones, y si arrastrado por tu buen corazon socorres con mano pródiga á cuantos necesitados reclamen tu auxilio, te espones á aumentar su número.

Con moderacion, pues, debes proceder en

la distribucion de aquella parte de tus riquezas, que aun privándote de algun goce, hayas destinado al socorro de la humanidad necesitada.

Así, pues, si el que te pide, necesita de tu dinero, con él debes socorrerle, con tu proteccion ó tus consejos cuando los reclame, y con tu ejemplo siempre. Hé ahí cómo hasta el mas pobre puede adquirir los premios que el Señor tiene prometidos al que distribuye la limosna. Pero al entregarla, sino quieres que pierda su mérito, no debes tener un aire de proteccion. Recuerda que no das lo tuyo, sino que te eriges en administrador de los bienes de Dios. Si fuese posible, que ni tú mismo supieras que has socorrido al que reclamó tu amparo, seria mas apreciable la limosna; por esto dice el Evangelio, que una mano no debe saber lo de la otra. A mas de que, ¿qué te importa el agradecimiento del socorrido? No te consideras bastante pagado con haberle podido aliviar en su desgracia y con el premio que te concederá el Criador?

Pero cuando mas uso debes hacer de tu prudencia y delicadeza, es cuando llame á tu puerta uno de esos seres que acosados por la mas horrible necesidad, se ven obligados á mendigar el pan cotidiano, despues de haber conocido las comodidades de la fortuna. ¡Cuántas veces una madre piadosa, un hijo honrado, un buen padre y buen esposo, víctimas de tristes acontecimientos, consienten en teñir de rubor su frente, cual si fueran á cometer un delito, mas que por salir de su infeliz estado, para prestar un miserable auxilio al hijo, á la madre, ó á la esposa que yacen tendidos en un triste y solitario lecho! Si la fortuna pone en medio de tu camino á cualquiera de esos desgraciados seres, socórrele; pero de modo que mas bien parezca que pagas un beneficio, que no que acudas con tu limosna al triste necesitado. Dios tendrá en cuenta tu buena accion el dia que acudas á su presencia para oir el juicio que habrán merecido tu comportamiento durante la vida.

Tampoco debes entregar tu limosna de modo que el que la reciba se crea unido á tí por el vínculo del agradecimiento. Algunos prefie-

ren sufrir todos los rigores de la indigencia, ocultos en un inmundo rincón, á pedir una miserable limosna, temerosos de perder la libertad, si daban con uno de esos hombres que socorriendo al necesitado se figuran ejercer un beneficio, al cual debe seguir la recompensa de un agradecimiento eterno. Lejos de ello, con su altivez quitan el valor á su acción y convierten en ingrato al que era únicamente desgraciado. El que por medio de los beneficios pretende imponer una servidumbre, insulta y ultraja á un hombre que indudablemente vale mas que él.

Además de la limosna que des por tu propia mano, puedes contribuir al socorro de los necesitados, acudiendo á otras personas para que les auxilien, ó te ayuden en tu santa misión. El hombre por sí solo se vería imposibilitado para realizar ciertos actos que lleva fácilmente á cabo con el concurso de los demás; de aquí esas instituciones piadosas y benéficas que sin arredrarse ante los obstáculos, antes fortaleciéndose á medida que se multiplican, amparan al huérfano y cuidan de su educación con cariñosa solicitud de hermanos, ya que no sea dable imitar la de los padres; socorren al necesitado; auxilian al menesteroso y premian con largueza, mas que para pagar el beneficio, para escitar una noble emulación á aquellas personas que, imponiéndose privaciones y sacrificando sus gustos y placeres, han llevado hasta la abnegación el cumplimiento de su deber.

Por último, para cumplir perfectamente con las obligaciones que impone el modo de dar la limosna, debes tener presente que en muchas ocasiones te encontrarás con mendigos que aceptarán tus presentes con dureza y mal humor. Si tal acontece no los juzgues rigurosamente: considera que, víctimas de todos los males y desgracias que rodean al hombre necesitado, no siempre tienen el temple de alma suficiente para sufrir con resignación las miserias de la vida. Quizá al recibir de tus manos el óbolo de la piedad, no lo apreciarán como es debido, pero al entregarlo á sus hijos para que lo inviertan en un pedazo de pan, y al ver-

se rodeados por su familia, que les agradece el que les haya apagado el hambre, bendecirán en el fondo de su corazón al generoso bienhechor que con su piedad les ha libertado de la desesperación.

El hombre tiene propensión á juzgar mal al que se halla en desgracia; no te dejes arrastrar por esta pendiente; al contrario, debes salir á la defensa del que se halla imposibilitado para hacerlo: prescindir de ello y no confundir al calumniador teniendo medios para hacerlo, es tan vil y bajo como ruborizarse de conceder el aprecio y estimación al desgraciado.

Las buenas acciones ennoblecen al que las ejecuta; la limosna, por humilde que sea, eleva al que la dispensa.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

CLEMENTINA. (1)

En el hermoso país del Rosellón, en medio de un bosquecillo de limoneros, se elevaba una casita solitaria. En ella vivía la buena Clementina cuya ternura y virtudes hacían la felicidad de su marido y de sus hijos.

Estando un día ausente su marido, sus dos niños, Antonio y Antoñita, jugaban juntos en los alrededores de la casa. Clementina se estremeció cuando vió que Antonio traía á la pequeña Antoñita temblando de los pies á la cabeza.

«Mamá, dijo aquel, ¿vé Vd. cómo sale sangre de la mano de Antoñita? Una víbora le ha mordido.»

Clementina exclama sollozando: «Ay, hija mia! hija mia! una víbora! Socorro! socorro!»

En aquella sazón pasaba un hombre por allí, caminando muy de prisa. Con voz entrecortada, rogóle ella que se detuviera, y que fuese en su ayuda.

«Jóven, dijo el pasajero, no puedo detenerme; además solo conozco un remedio. Vea

[1] Véase el número anterior.

Vd. si encuentra un perro que chupe el veneno de la herida; pero apresúrese Vd., sin perder momento.»

Y se fué. Clementina vaciló, como poseida de un vértigo repentino. La desesperacion se pintaba en su rostro pálido, pero, un instante despues, su frente se serenó, y se levantó en un transporte de alegría.

«¡Que chupe un perro, exclamó, el veneno de su herida! No, un perro no lo haria, pero una madre puede hacerlo, una madre lo hace!»

En el acto cogió vivamente á su hija por el brazo; aplicó sus labios á la herida, y absorbió, absorbió largo tiempo con un ardor inesplicable.

Mientras tanto volvía el padre. Al verle venir, Antonio corre á su encuentro; le cuenta lo que ha sucedido y lo que hace su madre. El jóven esposo palidece de espanto; vacila, y se ve obligado á apoyarse contra el árbol más cercano.

«¿Qué tiene Vd., padre mio?» esclama el niño lanzándose á socorrerle. En aquel momento, el baston que el padre tenia en la mano cayó á tierra. El niño que lo ve va á cogerlo, se encuentra al lado una culebra muerta y aplastada, y se hace atrás estremeciéndose de horror.

«Ay! dice, ahí está la serpiente que ha mordido á Antoñita.»

—¿Qué dices, hijo mio? prorumpe el padre volviendo en sí. Qué! la serpiente que mordió á tu hermana ¿era parecida á la que ves?

—Sí, respondió el niño, enteramente parecida.

El padre respira y exhala un grito de alegría.

«Ay! alabado sea Dios! esclama, la serpiente que mordió á Antoñita no era, no, una víbora; es una culebra cuya mordedura no puede hacer mal: no es veneno lo que Clementina ha absorbido chupando la herida!»

Con los ojos humedecidos por las lágrimas, llega á la casa; coge entre sus brazos á la hija y á la madre, las tiene largo rato apretadas contra su corazon, y en el colmo de su alegría, dice:

«Ah! cuánto terror me has hecho pasar! pero, gracias á Dios, la serpiente no era venenosa. Viviremos todavía juntos: nunca olvidaré este rasgo de ternura maternal; nunca lo olvidarán tus hijos.»

A.

HISTORIA.

ESPAÑA ROMANA.—NUMANCIA.

II.

La muerte de Viriato parecia asegurar de una manera definitiva el poder de los romanos en España, mas no tardó su ambicion en exponerlos á perderle. La guerra de Numancia, suspendida hacia algunos años, se volvió á renovar por esta época. Esta ciudad, cuyo heroismo ha llegado á citarse como modelo, hubo de acudir á la defensa de otras vecinas y aliadas suyas, que andaban en pleito con los Pretores, sobre si tenían ó no derecho á fortificarse y debian pagar ciertos tributos. Roma, recelosa, envió uno de sus Cónsules con un ejército numeroso para decidir estas diferencias. Aunque batido desde luego, no desanimó el general romano, y comprendiendo que, vencida Numancia, se habia terminado la guerra, cayó sobre ella con todo su poder.

Pretendian los romanos que dejasen las armas en castigo de haber acogido á los habitantes de una ciudad aliada suya que habia favorecido la causa de Viriato. Negáronse á ello los de Numancia, y reuniendo su gente esperaron al Cónsul, que se adelantó hasta sus mismas murallas; mas no tardó en tener que retirarse, despues de haber sido batido en cuantas ocasiones se atrevió á probar fortuna.

Sometió entonces nuevamente á los pueblos comarcanos que habian vuelto á rebelarse, pero cuando habiéndolos sujetado ya, cayó otra vez sobre Numancia creyéndola bastante debilitada, sufrió inesperadas derrotas, teniendo que retirar su ejército, muy mermado por la espada y las enfermedades.

El cónsul Popilio continuó la guerra sin ventaja ninguna, y con pérdidas muy grandes Mancino, que le sucedió en el mando.

Este desgraciado Cónsul acampó su ejército cerca de Numancia á poco de su llegada, sufriendo tantas y tan repetidas derrotas, que hubo de levantarle á la noticia de que otros pueblos venian en ayuda de los sitiados. No supieron éstos la marcha de los romanos, hasta que habiendo salido dos jóvenes al campo con el designio de traer la mano derecha de un enemigo, siendo el premio del que primero presentase este trofeo la de una doncella que ambos pretendian por esposa, hallaron vacíos los reales y desierto el campamento, lo que pusieron en conocimiento de sus convecinos, ocupados en fiestas y diversiones, á pesar de la guerra, de que se cuidaban muy poco. Aprovecharon, sin embargo, la oportunidad para atacar al contrario en su retirada, y marcharon en su busca. Halláronle en los momentos en que estaba fortificando su campo; pero antes que hubiera podido hacerlo en la forma entonces acostumbrada, rodearon los numantinos á los romanos, que no pudiendo defenderse ni formarse para pelear, decidieron capitular, siendo la base los antiguos tratados en que conservaba Numancia su independencia, y era considerada como amiga y aliada de Roma. Disgustó esto hasta tal punto al Senado, que lejos de aprobar el nuevo con-

venio, llamó á Mancino á Roma para pedirle cuenta de su conducta, nombrando otro general para que le sucediese en el mando.

Los numantinos enviaron al mismo tiempo el convenio firmado por el Cónsul pidiendo su ejecucion, ó que si no, se les entregase el ejército romano con sus insignias y jefes, tal como se hallaba antes de capitular; no accedió á esto el Senado, pero queriendo dar alguna satisfaccion por haber faltado al pacto, y en castigo de haberle hecho, decidió entregar á Mancino, lo que se llevó á cabo, presentándole desnudo, con las manos atadas atrás, por la mañana temprano á las puertas de Numancia, donde pasó todo el dia: pero no habiéndole querido recibir los numantinos, que juzgaban esta demostracion insuficiente para lo que creian su derecho, le recogieron al anoecer los romanos, decididos á



Insignias romanas.

continuar desde aquel momento con mayor actividad la guerra; pero la suerte siguió siéndoles contraria, siendo destrozados cuantos ejércitos allegaban contra aquella invencible ciudad.

En tal situacion decidieron enviar á España á Escipion Emiliano, en quien fiaban el mejor éxito de su empresa. Este general consiguió en efecto lo que en Roma se pretendia; pero por medios muy distintos de los hasta allí empleados. En vez de presentar ninguna batalla á los numantinos, puso su campo á vista de esta ciudad, fortificándole de manera que pa-

recia mas bien sitiado que sitiador. Con este estrecho bloqueo se propuso vencer por hambre á un pueblo á quien era impotente para someter con las armas. Costóle, sin embargo, mucho trabajo el conseguirlo, pues aun así, le atacaban los numantinos todos los dias, entraban dentro de su campamento, y le obligaban á combatir á pesar de sus designios. Pero

mancia, los que destruyó tambien, acaso por temor de que si no se borraba hasta el postrer recuerdo de aquella guerra tan ignominiosa para los romanos, volviera á renacer un dia ú otro aquella ciudad heroica y á concluir con un poder que tan en peligro se habia visto entonces.

Al hablar de la capitulacion de Mancino



Lictor.



Cónsul.

la constancia de Escipion y la del Senado, que confiado en él le prorogó el gobierno por otro año, triunfaron al fin de aquella heroica ciudad, que antes de entregarse, siguiendo el ejemplo de Sagunto, prefirió ser presa de las llamas. Sus valerosos ciudadanos encendieron grandes hogueras, en las que se arrojaban, pasándose antes con sus espadas ó matándose unos á otros. Inútil es decir que quemaron todas sus riquezas y gran parte de sus casas, de modo que Escipion no encontró al entrar mas que algunos restos de lo que habia sido Nu-

con Numancia, hemos indicado que una de sus condiciones era la entrega de las insignias del ejército romano, al que pudieron hacer prisionero; no es, pues, extraño que el Senado se negára á cumplir esta condicion, porque las insignias militares eran sagradas, y antes que ellas estaba obligado á entregar su vida todo romano. Dirémos cuatro palabras para ilustrar este punto.

Los romanos no tuvieron en un principio otras insignias que un haz de heno colocado en lo alto de una pértiga. Despues usaron diferen-

tes figuras de animales, hasta que Mário, en el segundo año de su consulado, las sustituyó con el águila, que fué la insignia distintiva de las legiones. Por lo general, solo la llevaba la primera y era de plata, con las alas estendidas, sobre una base de escultura colocada en lo alto de una pica. El águila se hallaba á cargo de los centuriones. En tiempo del Imperio, los ejércitos solian llevar por distintivo una mano abierta con los dedos hácia arriba, emblema de la concordia ó de la fidelidad. El oficial encargado de ella se llamaba *feral*. Las insignias estaban adornadas con frecuencia con coronas y escudos pequeños, en los que se pintaban los dioses ó los héroes, y en este caso se llamaba *insigniferi* á los que las llevaban. También solian ponerse almenas en señal de ciudades conquistadas, y espolones de naves por triunfos marítimos. En épocas de luto se quitaban todos los adornos á las insignias. A veces se ponía debajo del águila un pequeño estandarte ó *vexillum* en que se escribía el nombre de la centuria, para que cada soldado conociese sus insignias. Vulgar es el *Senatus Populus Que Romanus* (S. P. Q. R.), que se ponía en el estandarte de muchas legiones.

Los insigníferos, porta-estandarte romanos de infantería y caballería, se cubrían con una piel de oso ó de león, como para indicar el esfuerzo y decision que debían emplear en defenderlas. Las legiones en tiempo de paz, ó cuando no estaban de servicio, depositaban sus insignias en el tesoro público, sacándolas y entregándoselas los Cuestores en el campo de Marte al marchar á la guerra ó á las fronteras. Estas insignias eran sagradas, se las adornaba con flores, se las hacía sacrificios y se juraba por ellas. En el campamento había una tienda que era como su templo, al que nadie podía acercarse sino con el mayor respeto. También se las saludaba al pasar por delante de ellas.

Los *Cónsules* representaban la dignidad superior en Roma: eran siempre dos, iguales en poder, y su mando duraba un año, alternando en él por meses. Sus insignias eran un baston pequeño ó cetro que llevaban en la mano, y su traje un vestido talar con fleco de

púrpura. En las ceremonias les precedían los *lictors*, especie de guardia consular, con las fasces, símbolo de autoridad, que consistían en un haz de varas de olmo ó avellano, atadas con correas, y con una hacha ó segur en medio: el distintivo de estos empleados subalternos era un ceñidor de diferentes colores.

JOSÉ S. BIEDMA.

LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

II.

LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO (1).

Sin duda habreis oído hablar muchas veces, mis jóvenes lectores, de las pirámides de Egipto, y no pocas las habreis visto en dibujos y estampas. Vamos hoy á decir cuatro palabras acerca de esta maravilla del arte, de su origen, objeto, y demás circunstancias conducentes á formar siquiera una ligera idea de tan portentosa construccion.

Hubo un tiempo en que el Egipto fué la nacion mas ilustrada y rica del mundo, en que las artes y las ciencias parecia que habían tomado allí carta de naturaleza, y adonde concurrían de todas partes los que deseaban instruirse en los secretos de aquella civilizacion bizarra, cuyas obras despues de tantos siglos son todavía el asombro y la admiracion de los viajeros que visitan aquellas regiones.

Entre las obras que han sobrevivido al tiempo y que mas han llamado la atencion de los sábios, se cuentan las pirámides; especie de montañas de piedra labrada, cuya base es cuadrada, y cuyas paredes, á medida que se elevan, se van aproximando gradualmente hasta terminar en un vértice ó punta.

Desde muchas leguas de distancia se distinguen estos edificios formidables, cuya altura, de cerca de 500 piés, escede en mucho á

[1] Aunque ya nos hemos ocupado de este asunto en el tomo I.º, volvemos á tratarlo aqui para que nuestros lectores encuentren cada materia reunida y en un orden correlativo.

la de nuestras mas elevadas torres, y cuya anchura en su parte mas baja es por cada uno de sus costados mayor que la que tiene el Palacio Real de Madrid.

La mayor de las pirámides fué construida por el rey Cheops, segun cuenta Herodoto, que es uno de los historiadores mas antiguos, y está fabricada de piedra sillería, pero de una magnitud tal, que parece increíble que hubiese máquinas capaces de trasportar y colocar aquellas enormes moles de piedra, si no se viesen perfectamente labradas para testimonio de lo que puede hacer el ingenio humano ayudado del arte y de la ciencia.

Mas de veinte años se tardaron en acumular los materiales para la obra antes de empezar su construccion, siendo tanto mas de admirar, el que ni en el sitio donde se fabricaron ni en muchas leguas á la redonda existe sierra ni cantera de donde pudieran sacarlos, lo cual prueba que no solo poseian medios de transporte, sino que estos medios debian serles mas fáciles que nos es hoy á nosotros cualquiera de las máquinas que poséemos.

Dispuesto ya todo lo necesario, segun los cálculos de sus sábios ingenieros, comenzaron la gigantesca obra colocando las piedras, formando gradas ó escaleras, de manera que por todos lados se puede subir perfectamente hasta la cúspide de la pirámide, andar alrededor por los anchurosos escalones, y recorrerla en todos sentidos perfectamente.

Pero esta pirámide formidable no es solo una montaña de piedra, sin mas objeto que un mero alarde de poder y de ingenio. Esta enorme mole de cal y canto tiene su puerta, que conduce á una escalera interior, por la que se

baja á una profundidad de 150 piés debajo del nivel del suelo exterior, para subir despues á dos habitaciones ó cámaras interiores destinadas, segun parece, á servir de panteon á las personas reales.

Dentro de aquellas cámaras se encuentran todavia los sepulcros de aquellos renombrados monarcas que llenaron el mundo con su nombre. Allí está sepultado el gran Sesostris, cuya tumba habia permanecido cerrada tantos siglos y guardada religiosamente, hasta principios del presente, en que el general Bonaparte, en su expedicion á Egipto, la hizo abrir penetrando en ella, no sé si por un alarde de orgullo ó por rendir un respetuoso homonaje á aquel capitan insigne, cuya gloria es tan imperecedera como el sepulcro en que descansan sus cenizas.

Se ignora el verdadero objeto de las



Las Pirámides.

pirámides, ó mas bien se le atribuyen muchos, segun los diferentes viajeros que las han visitado. Unos dicen que los egipcios profesaban un respeto extraordinario á sus difuntos, cuyos restos se esmeraban en conservar intactos todo el tiempo posible. Otros aseguran que la soberbia humana fué el único móvil de aquellas construcciones colosales, destinadas á sobrevivir al tiempo y á immortalizar el nombre de los monarcas bajo cuyo reinado se edificaron. Quien dice que el objeto no fué otro que el de servir de guia á los caminantes perdidos en las inmensidades del desierto, y quien asegura que están construidas con el fin de contrarestar la impetuosidad de ciertos vientos y de impedir la acumulacion de arenas que los huracanes trasportan instantáneamente de un punto á otro, con peligro de los caminantes á quienes con frecuencia suele

dejar envueltos y sepultados para siempre.

No es ahora ocasion de entrar á discutir cuál de estas opiniones tiene mas grados de verosimilitud, aunque es creible que unos edificios tan inmensos y costosos no debieron ejecutarse con un solo objeto.

Hombres capaces de concebir y llevar á cabo obras tan inmensas, no parece verosímil que las ejecutasen por mero orgullo ó por un fútil deseo de dejar á la posteridad un testimonio de poder inútil. Es natural que un grande objeto fecundo en resultados presidiese á aquel colosal proyecto, ejecutado en los sitios mas difíciles, venciendo los mayores inconvenientes, cuando pudieron escoger lugar mas á propósito á las miras de una pueril vanidad.

JUAN CUESTA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

[Continuacion.]

V.

EL PRINCIPE DE LA ALCACHOFA.

El dia comenzaba lentamente á declinar y á desaparecer los concurrentes de la isla.

—Tengo hambre, dijo Raoul á Selim. No es probable que encontremos á Eduardo que se dirige hácia Bougival: ¿hay alguna fonda cerca?

Selim vaciló como si le hubiera mandado que descubriese la cuadratura del círculo ó la navegacion aérea: sus cinco sentidos parecian reconcentrados en un hombre que á corta distancia les seguia. Detúvose de repente é inclinóse respetuosamente ante él, que le miró con altanería, le devolvió el saludo de una manera imperceptible, y continuó su camino.

—¿Quién es ese hombre á quien acabas de saludar tan respetuosamente? le preguntó Raoul.

—Un extranjero ilustre... S. A. el principe de la Alcachofa. ¿No conoce S. E. este título?

—Sí tal, contestó Raoul, aunque así cono-

cia el título como al que lo llevaba. ¿Es general, ministro ó embajador?

—Mas, mucho mas; es millonario como su escelencia.

Raoul se sonrió: no le desagradaba parecerse en algo á un Príncipe.

—Dónde le has conocido?

—En casa de mi último amo el embajador de Rusia. El Príncipe se dignaba hacerle alguna visita.

—¡Tengo hambre! volvió á esclamar Raoul; apretemos el paso.

Este pretesto, porque era un pretesto para alcanzar al Príncipe, que se habia adelantado y conocerle, y si era posible trabar conversacion con él, no dió el resultado apetecido, antes agotó sus ya escasas fuerzas, porque el Príncipe habia como por encanto desaparecido entre la espesa arboleda.

—Lo siento, murmuró; despues, dirigiéndose á Selim, ¿no oyes carcajadas y ruido de vasos que chocan? dijo, deben partir de un restaurant.

No se equivocaba: apenas habia avanzado veinte pasos, se halló delante de una tienda de campaña, en cuyo centro, y sentados en torno de una mesa cubierta de manjares campestres y vino en abundancia, platicaban, comian y bebían hasta una docena de jóvenes elegantes y distinguidos. Al disponerse á penetrar en ella sintió que le tocaban al hombro, y volviéndose vió á Selim, que era el que se habia tomado tan incalificable libertad.

—Suplico á S. E. que me dispense, le dijo; le prevengo que á un hombre de las circunstancias del conde Raoul de Chavigny, no le es permitido penetrar en esa zahurda ni sentarse en ese banco de forzado, que no es tal mesa.

—Selim, el hambre no atiende á razones.

—Es decir que S. E. ha determinado....

—No morirme de hambre.

—Mi obligacion es someterme á los deseos de S. E. y obedecerle... pero si me permitiera añadir... una palabra.

—Vaya por una palabra.

—Me parece que antes de mezclarse con

las personas que comen en esa *tasca*, porque no tiene aspecto de otra cosa, debiera S. E. inquirir... así... indirectamente... á qué clase de la sociedad pertenecen: las apariencias engañan... tales pudieran ser que S. E. cambiara de opinion. Y esto es sencillísimo; ellos están á la luz, nosotros á la sombra... podemos observar sin ser vistos.

Consejo tan razonable no podia ser rechazado por quien, como Raoul, se preciaba de serlo. Colocóse convenientemente y observó, decidido á no despreciar ocasion tan propicia de restaurar al propio tiempo sus fuerzas y su estómago.

—Eduardo, Fábio, Carlos, Edmundo.... mis compañeros de cátedra, exclamó. ¡Qué inesperado encuentro!...

Y ya se disponia á lanzarse en la fonda campestre, calificada de *tasca* por Selim, cuando se detuvo como petrificado, ni mas ni menos que si se le hubiese aparecido un fantasma. El príncipe de la Alcachofa fué el que se le apareció: con los brazos cruzados contemplaba de hito en hito y con soberano desprecio á los estudiantes sentados en torno á la mesa, desde el extremo opuesto en que se hallaba Raoul.

Al ver á Raoul inmóvil, absorto, sonrióse maiciosamente, y salvando la distancia que les separaba, acercóse á él y le dirigió la palabra con una dulzura y una galantería que no pudo menos de sonrojarse de orgullo y satisfaccion á la vez.

—Etais, como yo, escandalizado, caballero, de las maneras desenvueltas y desenfrenadas de los jóvenes del día. La libertad que sus familias les conceden es incalificable, y gracias que no produce resultados mas funestos.

Raoul balbuceó algunas palabras.

—Beben como gañanes. Pedazos me harían antes que consintiera en sentarme á esa mesa.... Como persona distinguida que pareéis, convendreis conmigo....

—Este caballero es el conde Raoul de Chavigny, dijo Selim echando su cuarto á espadas.

El Príncipe le miró de alto á bajo con desprecio, y le dijo....

—Contestad cuando os pregunten, si me digno hacerlo... Señor conde, teneis mal acostumbrado á vuestro ayuda de cámara.

Raoul inclinó la cabeza, y volviéndose hacia Selim, exclamó verdaderamente indignado:

—A la primera inconveniencia en que incurras, dáte por despedido de mi casa... ténlo presente... Siguenos.

—Desistís de tomar parte en los placeres de estos... muchachos? Lo celebro; acompañadme á París y comeremos juntos.

Raoul aceptó el convite, ébrio de alegría, como en su carácter era de suponer.

—Está cerca vuestra berlina? le preguntó el Príncipe.

—No señor, contestó Raoul con cierto embarazo.

—Yo he despedido la mía... Válganos el camino de hierro.

El Príncipe enlazó su brazo con el de nuestro héroe, y seguidos de Selim, llegaron al camino de hierro, y mas tarde á París y á una de sus mas concurridas y aristocráticas fondas.

—Querido conde, dijo el Príncipe, os encomiendo la direccion de la comida; tomad la lista, leed y pedid; yo soy parco, y con uno ó dos platos de mi repertorio, digámoslo así, me doy por satisfecho.

—Renuncio, porque no conozco prácticamente la gastronomía; acostumbrado á la mesa del colegio y á la de mi tutor, hombre de la clase media, y un tanto montado á la antigua, nada digno de un príncipe sabría pedir...

—Os poneis en mis manos...

—Con entera confianza.

Tomó el Príncipe la lista, trazó con el lápiz en ella unas cuantas líneas, y se la devolvió al camarero.

Raoul no era gastrónomo, pero tenia hambre y deseo de saber como se comia *como un príncipe*. Esperó con impaciencia el regreso del camarero; ¡cuál no seria su asombro al ver que de todos los platos que componian la primera entrada no conocia ninguno!

—Comamos y callemos, se dijo.

Pero esto no era tan fácil de hacer como de decir. Las salsas saturadas de aromas des-

conocidos y extraños, y compuestas de ingredientes misteriosos, no le permitían darse cuenta de si era carne, pescado ó legumbres lo que comía.

—Ah! esclamaba á cada bocado, ¡cuánto mejor hubiera comido en la fonda de la isla con Eduardo y mis compañeros de colegio!

—Querido conde de Chavigny, le dijo el Príncipe á los postres, confieso francamente que en mi vida aventurera he encontrado pocos jóvenes de tanto talento y de tan distinguidas maneras como vos. Recordais otros tiempos.

—Me confundís, señor, exclamó Raoul alborozado y radiante de orgullo... no merezco ciertamente los elogios que me dispensais...

—No os adulo... palabra de honor!... Dentro de un año sereis un verdadero hombre de mundo... Pero doblemos la hoja.

Y tirando de la campanilla:

—La cuenta, añadió dirigiéndose al camarero... Son las diez y mi amigo el duque de A. me espera... siento que no me sea posible dedicaros la noche... Afortunadamente no será la última vez que nos veamos.

El camarero trajo la cuenta, que importaba ciento sesenta francos.

—Parece imposible, exclamó el Príncipe, que por una cantidad tan insignificante hayan podido servirnos una comida decente... medio decente.

Luego, llevándose la mano al bolsillo:

—Mi ayuda de cámara no me ha puesto dinero en el bolsillo, de manera, que no obstante haber sido yo el que ha convidado, tendreis vos que pagar.

Raoul no creía, como el Príncipe, insignificante, ni mucho menos, la suma de ciento sesenta francos, ni llevaba encima veinte para colmo de infortunio.

El Príncipe le apretó afectuosamente la mano, y salió.

Raoul llamó á Selim y le confió el compromiso en que se hallaba.

—Tranquílicese S. E. Yo nunca salgo á la calle sin veinte ó treinta lises en el bolsillo; ¿cuánto importa la cuenta?

—Ciento sesenta francos.

—Ciento sesenta y dos con la propina. Un conde no puede dar menos...

—Me parece demasiado...

—Toma, dijo Selim al camarero.

El camarero se retiró.

—Un millonario paga como lo que es. Y qué son ciento y pico de francos? Una bagatela... menos que una bagatela si se advierte que habeis tenido la honra de comer con S. A. el príncipe de la Alcachofa... Ahí es nada, tener por amigo un príncipe!...

—Es verdad, respondió Raoul; pero he gastado ciento sesenta y dos francos y no he comido.

(Se continuará)

E. HERNANDEZ.

EJEMPLO DE AMOR FILIAL.

Los anales del Japon refieren este extraordinario ejemplo de amor filial.

Una viuda, á quien habian quedado tres hijos, vivía solo de su trabajo. Este le producía tan poco, que apenas bastaba á cubrir sus mas perentorias necesidades, á pesar de la ayuda que le prestaban sus hijos. Viendo estos el deplorable estado de su madre, á quien querían con delirio, concibieron la mas extraña resolución. Se habia publicado hacia poco tiempo, que el que presentase en los tribunales al ladrón de ciertos objetos, recibiría, en cambio de este servicio, una cantidad de bastante consideración. Los tres hermanos se reunen para acordar quién de ellos pasaria por el ladrón, y que los otros dos lo presentarían al juez. Echan suerte para decidir quién sería la víctima del amor filial, y recae en el menor, que se deja atar y conducir como un criminal. Le interroga el magistrado, y responde que ha robado; le encierran en la prision, y los otros reciben la suma prometida. Se enternecen estos ante el peligro de su hermano, encuentran medio de entrar en la prision, y creyendo no ser vistos de nadie, le abrazan con ternura, deshechos en llanto. El magistrado que casualmente los observa, sorprendido de estas ma-

nifestaciones de cariño, comisiona á uno de sus dependientes para que siga á los delatores; ordenándole espresamente no los pierda de vista hasta esclarecer tan singular hecho. El agente, llenando su cometido, le refiere haberlos visto entrar en una casa y oír contar á su madre lo que acabamos de referir; que la infeliz mujer al oír el sacrificio que se habia impuesto su hijo, les dijo, preferia morir de hambre antes que conservar su vida á tan caro precio. El magistrado, que apenas podia concebir el prodigio de esta piedad filial, hace comparecer al preso, le interroga de nuevo sobre sus pretendidos robos, y le amenaza con el suplicio mas cruel, pero el jóven, deseando solo aliviar la suerte de su desgraciada madre, no ocupándose mas que de su ternura, permanece impasible. Ah! esto es ya demasiado, le dice el magistrado abrazándole, me asombra vuestra conducta, hijo virtuoso. Y fué al punto á participarlo al Emperador, quien admirado de tan heroico afecto, quiso le presentasen á los tres hermanos, á los que colmó de caricias, asignando una buena pension al mas jóven y otra, aunque menor, á los otros.—(*Traduccion.*)

FEDERICO CRIADO DE LOS REYES.

TERENCIO.

Publio Terencio, célebre poeta cómico latino, nació en Cartago, fué robado por las Numidas y vendido á Terencio Lucano. Éste, movido por sus grandes facultades intelectuales, le cobró afecto, le educó esmeradamente, y antes de que terminára sus estudios le devolvió la libertad, y siguiendo la costumbre de que el liberto llevase el nombre de la persona á quien debía la libertad, le impuso el de Terencio.

Inclinado al teatro, ó naturalmente movido por la lectura de las obras de Menandro, poeta cómico griego de que no ha llegado hasta nosotros sino el nombre, compuso algunas comedias: su estilo es sencillo al propio tiempo que elegante; sus pensamientos elevados; no

obstante, Mdme. Dacier, que ha traducido algunas de ellas, prefiere á Plauto. «Terencio, dice, es poeta de mas arte, pero á mi entender de menos talento; sus personajes hablan mas que se mueven, al contrario de los de Plauto, que se mueven mas que hablan, que es el verdadero carácter de la comedia, que está en la accion y no en el diálogo.»

San Agustin dice: «Cuando por vez primera se oyó decir en Roma, en el teatro, *soy hombre y nada de lo que pertenezca á la humanidad puede serme indiferente*, el público en masa prorumpió en un aplauso; no hubo un hombre en tan numeroso concurso compuesto de romanos y de enviados de las naciones, ya sometidas ó aliadas al Imperio, á quien no conmoviese profundamente este grito de la naturaleza.»

Terencio vivió tan estrechamente unido con Lelio y Escipion el Africano, que hay autores que suponen que estos ilustres patricios le ayudaban á escribir, ó al menos le inspiraban sus comedias. El talento que les distinguia é inclinacion á las letras, dan cierto tinte de verosimilitud á esta idea, que no afecta en nada á la gloria de Terencio.

A los treinta y cinco años se retiró de Roma y del trato de los hombres para dedicarse á verter del griego al latin las comedias de Menandro. La pérdida de un manuscrito le afectó tan hondamente, que murió el año 155 antes de la era vulgar.

E. B.



Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1864.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.